

rusa en Asia nada debemos decir, porque tiene más bien carácter de conquista ó de prolongación natural de su inmenso territorio.

El prodigioso movimiento de expansión de que, en breve síntesis, acabamos de dar idea en las páginas precedentes, hacen levantar la mirada á un porvenir de progreso, de cultura, de civilización, de fraternidad universal; pero tan brillante perspectiva se oscurece cuando se contempla el egoísmo dominante en la política de los Estados poderosos, la despiadada competencia industrial y mercantil que se hacen los pueblos, los formidables armamentos que arruinan á Europa y el hondo malestar que trabaja á las sociedades modernas, presagio tal vez de inevitables cataclismos.



EL SOCIALISMO Y LA CULTURA

CAPÍTULO VIGÉSIMO-OCTAVO

La cuestión social y las fórmulas socialistas.

TERMINAMOS el capítulo precedente recordando el hondo malestar que trabaja á las sociedades modernas. El hecho es innegable. Las condiciones de la existencia han mejorado, hablando en general; pero las privaciones, aún siendo menores que en otros tiempos, se sienten mucho más. La razón consiste en que las desigualdades sociales se reputaban antes naturales y necesarias, mientras hoy se consideran injustas y llamadas á desaparecer. Cuando cree que un mal es inevitable, el hombre lo sufre resignadamente; más si se convence de que puede remediarse, la impaciencia le consume, y si llega á persuadirse de que otros son responsables de él, entonces le irrita y le subleva. Este es el origen de los odios de clase, y no debe buscarse otro á la guerra que han declarado los trabajadores á la sociedad actual, no queriendo significar con esto que no sean legítimas muchas de sus reclamaciones. En los siglos pasados, el régimen de opresión y privilegio que existía se aceptaba, por no verse la posibilidad de modificarlo. Claro es que no se dejaba de padecer, y á veces estallaban violentas conmociones; mas una cosa es la queja que el dolor arranca á la criatura sensible y el movimiento instintivo de reacción que provoca en ella, y otra muy distinta el sentimiento de protesta y rebeldía, propio de la criatura racional, contra aquello que estima ser una lesión de su derecho. Por otro lado, antes, la tradición, las costumbres, las creencias religiosas, impulsaban á la conformidad. ¿Qué valían, en comparación de la eterna bienaventuranza, los goces fugaces de esta vida? ¿Y

BIBLIOTECA
 V. A. N. L.
 CAPILLA ALFONSO
 11

no eran los pobres los escogidos de Jesús? ¿No era la riqueza, no eran los bienes materiales, una tentación constante, peligrosa, pendiente cubierta de flores, por donde las almas se precipitaban al abismo? Desde fines del siglo décimo-octavo, cambiaron totalmente estos puntos de vista. Proclamados los principios de libertad é igualdad, y probado que muchas desigualdades sociales no son obra de la naturaleza, sino de las circunstancias, las instituciones, la fuerza y el egoísmo, se ha levantado un formidable clamoreo contra la división de los hombres en ricos y pobres, en afortunados y desheredados, frases que se traducen por esta otra: felices y desgraciados. Se abomina de la tradición, en vez de venerarla; las costumbres han experimentado una transformación radical; las creencias religiosas han perdido casi toda su eficacia práctica, sin contar con que sus intérpretes y representantes, al ver cómo los espíritus se sustraían á su influencia, tratan hoy de recobrarla, no limitándose á predicar la resignación á los que sufren, ni contentándose con prometerles recompensas en otra vida, sino recogiendo sus agravios y alentándoles en sus pretensiones.

Tales son, á nuestro juicio, las causas de la aguda crisis que mina la existencia de los pueblos modernos, del malestar que les aqueja, de la mayor intensidad con que se sienten los males sociales, de la gravedad de la cuestión social, en una palabra. Las comodidades que hoy brindan el prodigioso desenvolvimiento de la industria, la facilidad de las comunicaciones, el refinamiento del lujo, han despertado en nuestros contemporáneos un ansia de bienestar y una sed insaciable de goces, que no están refrenadas por una sólida educación moral. La riqueza ha aumentado; pero las necesidades han crecido mucho más rápidamente. A la juventud moderna, dice Le Bon, las ideas de deber, de patriotismo, de honor, le parecen con frecuencia vanos prejuicios y ridículas trabas. Educada en el culto exclusivo del éxito, la dominan apetitos realmente feroces. Cuando la especulación, la intriga, un matrimonio ventajoso ó una herencia cuantiosa ponen la fortuna en sus manos, la dedica á satisfacer su vulgar concupiscencia. Las clases menesterosas comparan la abundancia, el boato, los despilfarros de los favorecidos por la fortuna, con las angustias y penalidades que ellos padecen, y sus protestas están justificadas. Hace cerca de un siglo, Chateaubriand previó lo que está sucediendo. «Tratad, escribió, de persuadir al pobre cuando sepa leer, cuando las revelaciones de la prensa penetren diariamente de ciudad en ciudad, de aldea en aldea; tratad, digo, de persuadir á ese pobre, cuando tenga las mismas luces y la misma inteligencia que vosotros, que debe someterse á todas las privaciones en tanto que un vecino suyo tiene, sin trabajar, todo lo superfluo de la vida. Vuestros esfuerzos serán inútiles; no pidáis á la multitud virtudes superiores á su naturaleza».

El desarrollo del socialismo, en los últimos treinta años, es consecuencia del estado de cosas que acabamos de indicar. Puesto que la sociedad actual permite que existan las

iniquidades que presenciamos, esa sociedad es injusta y debe ser transformada en sus mismos fundamentos. Así se discurre, y eso es lo que se busca. El socialismo moderno presenta formas muy variadas en sus detalles, como vamos á ver. Alemania es el país en donde ha tenido mejor acogida, fenómeno que el diputado Bauberger atribuía al carácter especulativo de la nación, que se deja seducir fácilmente por las perspectivas ideales de la utopía; y un alemán, Carlos Marx, el hombre que ha ejercido mayor influencia en sus destinos.

Nació Carlos Marx en Tréveris, de padres judíos convertidos al protestantismo; estudió en Bona, distinguiéndose por su aplicación y talento, y de regreso en su ciudad natal, contrajo matrimonio con la hermana de Westfalen, que debía ser ministro poco después. Como su padre desempeñaba un cargo elevado en la administración de las minas, habría podido Marx entrar bajo los mejores auspicios en el servicio del Estado. No quiso, sin embargo, aceptar ningún empleo público, y se dedicó de lleno al estudio de la Economía Política y, especialmente, al de la cuestión social. Perseguido por el gobierno prusiano á causa de sus opiniones radicales, huyó á París, en donde colaboró con Arnaldo Ruge y Enrique Heine. Expulsado de Francia en mil ochocientos cuarenta y cuatro y de Bruselas en mil ochocientos cuarenta y ocho, tornó á su patria y, á la sombra de la libertad conquistada por la revolución de Marzo, publicó, en unión de Wolf, un diario, que dirigía furibundos ataques á la «burguesía». Perseguido otra vez, se refugió en Londres, en donde vivió en lo sucesivo, compartiendo su tiempo entre sus investigaciones económicas y la dirección oculta de la *Internacional*. Murió el catorce de Marzo de mil ochocientos ochenta y tres.

Ya en mil ochocientos cuarenta y siete, en un manifiesto que redactó con su amigo Engels en nombre de los comunistas alemanes de Londres, formuló los dos principios que sirven de bandera tanto al socialismo alemán como al europeo. En dicho documento, efectivamente, se afirma que, siendo el mismo en todas partes el interés de los obreros en su lucha con el capital, está por encima de las distinciones de pueblo y nacionalidad, y que los trabajadores, para emanciparse del yugo de los capitalistas, deben conquistar los derechos políticos. En el mismo año, escribió una crítica muy ingeniosa, y justa casi siempre, de las *Contradicciones económicas* de Proudhon, con el título de *Miseria de la Filosofía, Contestación á la Filosofía de la miseria*. En fin, en mil ochocientos sesenta y siete, dió á luz el primer tomo de su obra *El Capital*.

Marx cree que todos los acontecimientos sociales y todos los actos del individuo obedecen á fuerzas fatales. Por tanto, en su concepto, es muy modesta la acción que un autor puede ejercer sobre ellos; porque «aun suponiendo que una sociedad haya llegado á descubrir la marcha de la ley natural que rige su desarrollo, ni es capaz de salvar de un salto el camino que debe recorrer, ni puede suprimir por decretos las fases de su des-

envolvimiento; todo lo que le está permitido es abreviar el período de gestación y hacer menos doloroso el alumbramiento.» El socialista alemán deduce su teoría de los principios sentados por Adám Smith, Ricardo, de Tracy y Bastiat, es decir, por los economistas que gozan de más autoridad. Smith, como se sabe, pretende, en oposición á los fisiócratas, que el trabajo es la única fuente del valor. La misma idea inspira la afirmación de Bastiat, de que en la sociedad se cambian siempre servicios por servicios. En el trabajo funda también Thiers la propiedad. Partiendo de estas premisas, Marx prueba, con lógica irrefragable, que el capital es fuente de la explotación. Es evidente, en efecto, que si el valor procede únicamente del trabajo, la riqueza producida debe pertenecer sin merma ninguna á los obreros, y que si no hay más fuente de propiedad que el trabajo, los trabajadores deben ser los únicos propietarios que haya. Marx acepta las dos clases de valor llamadas valor en uso y valor en cambio. Atendiendo al primero, los objetos difieren entre sí por sus caracteres y la necesidad que satisfacen. En lo tocante al segundo, los objetos tienen la propiedad común de poder ser trocados unos por otros, ó por cierta suma de dinero. Si consideramos el uso, es difícil establecer la relación que hay entre un carnero, que se come, y un caballo, que se monta; pero, fijándonos en el cambio, puede decirse que el caballo equivale á veinte carneros, si el primero cuesta ochocientas pesetas y el segundo no más que cuarenta.

En las sociedades primitivas prevalece el valor en uso; porque produciendo cada familia casi todo lo que consume, hay pocas compra-ventas. En las civilizadas, por el contrario, debido á la división del trabajo, lo principal es el valor en cambio. Todo producto se convierte en mercancía, y por consiguiente, lo que hace falta es averiguar de dónde nace el valor de los objetos destinados al cambio. Siguiendo á Smith y á Ricardo, Marx contesta sin vacilar: «nace del trabajo». Desde el punto de vista del valor, continúa, esas mercancías son simplemente trabajo cristalizado. La unidad de medida del trabajo es la jornada media de trabajo ordinario, que varía en los diferentes países y en las distintas épocas, pero que puede considerarse como una cantidad fija en una sociedad determinada. El trabajo más complicado, ó que requiere aptitudes especiales, debe mirarse como trabajo simple elevado á una potencia más alta. Los objetos útiles no tienen valor sino por ser signos representativos de trabajo. Las cosas más necesarias para la existencia, como el aire y el agua, carecen de él porque, en general, se obtienen gratuitamente. ¿Cómo medir, pues, la cantidad de valor que hay en un objeto? Por la cantidad de «substancia creadora de valor», es decir, por la cantidad de trabajo que contiene. El trabajo, á su vez, se mide por su duración. Marx aquí, previendo una objeción, rectifica la teoría de Smith y de Ricardo. Podría decirse, en efecto, que si lo que crea el valor de los productos es la duración del trabajo invertido en ellos, si se tarda doble tiempo que el necesario en hacer, por ejemplo, un traje, éste valdrá el doble. No, se anticipa á respon-

der Marx, lo que sirve para medir el valor de las cosas es el tiempo de trabajo necesario por término medio, ejecutado con el grado medio de habilidad é intensidad, en las condiciones normales de la industria en un momento dado. Si con la máquina de coser puede hacerse una camisa en un día, el valor de la camisa será un día de trabajo, y no dos ó tres, como antes.

De los razonamientos precedentes, deduce Marx que en vano el trabajo será más productivo y creará nuevas utilidades: la cantidad de valor no se alterará; porque, medido éste por su duración, si en el tiempo que antes se fabricaban dos objetos se fabrican ahora cuatro, cada uno valdrá la mitad menos y, por lo tanto, el valor que representan en junto no habrá variado. Mediante el encadenamiento riguroso de estas abstracciones, se llega al singular resultado de que las invenciones de la ciencia y los perfeccionamientos de la industria producen más utilidades, sin aumentar la suma de los valores. Bastiat había emitido una idea parecida.

Digamos ahora cómo se forma el capital. Según Marx, no es por «la abstención y el ahorro», como cree la Economía vulgar, ni por el cambio, como se imaginan los tontos, viendo enriquecerse á los comerciantes. El capital nace del modo siguiente. El salario representa los gastos indispensables de manutención del obrero y su familia. Con el producto de cinco ó seis horas de trabajo, el obrero desquita el salario que recibe, pero como trabaja otras tantas ó más, crea un *plus-valor*, el cual se apropia el patrono ó propietario. Este es el misterio de iniquidad, dice Marx, de donde se deriva el contraste de la opulencia y la miseria, del pauperismo, ganando terreno, y del capital, acumulándose. El capitalista dispone de diferentes medios para engrosar sus beneficios. El primero consiste en multiplicar el número de los trabajadores; puesto que produciendo cada uno un *plus-valor* en provecho del que compra su fuerza, cuantos más haya mayor será la ganancia del capital. El segundo medio es prolongar la jornada; porque como el salario no varía, mayor será el *plus-valor* producido. En fin, el tercer medio es disminuir la duración del «trabajo necesario» para el mantenimiento del obrero. Esto se consigue haciendo más productivo el trabajo que crea los objetos de consumo del trabajador. El capital por sí mismo no es fuente de valor, dice Marx: «la máquina no hace más que transmitir el suyo á los artículos que sirve para fabricar». El beneficio líquido procede solamente del trabajo. Si después de una mala cosecha aumenta el precio del trigo, aunque el trabajo empleado en su cultivo haya sido el mismo, es porque los gastos del trabajo, divididos por menor número de kilogramos, dan un cociente más elevado. Todo *plus-valor*, bajo cualquier forma que se cristalice, interés, renta, provecho, no es sino la «materialización» de cierta duración de trabajo no pagado. «El misterio del trabajo productivo se resuelve en el hecho de disponer de cierta cantidad de trabajo que no se paga.»—«Por sí mismo, el capital es inerte, es trabajo muerto, que no puede revivir sino chu-